



La cultura digital: una revolución que amenaza sus fundamentos

*The digital culture: A revolution
which threatens its grounds*

■ José Luis González Quirós*

■ Hace ya muchos años que David Gelernter¹ advirtió sobre el hecho de que la informática propicia un entorno proclive a acoger y celebrar las opiniones y ocurrencias de diversas especies de chalados, las bravatas de gentes ávidas de novedad. Es razonable que así haya sido, porque nadie negará el carácter fuertemente contraintuitivo, esa sensación de que se ha conseguido algo mágico, de muchos de los avances de las tecnologías digitales, un rasgo que favorece que se otorgue audiencia a muchas ideas más bien poco sensatas y trivialmente fantásticas. El hecho de que nos hayamos acostumbrado a cosas que hubieran sido tenidas por milagrosas hace relativamente poco ha favorecido una cierta fascinación hacia todo lo que tiene que ver con ese mundo², en un clima intelectual que Arthur C. Clarke había caracterizado muy bien con su afirmación de que «Toda tecnología suficientemente avanzada es indistinguible de la magia». Y en esa atmósfera propicia y escasamente crítica es en la que se ha hecho muy frecuente leer cosas un tanto estupefacientes en torno a las implicaciones metafísicas, culturales, económicas y sociales del desarrollo tecnológico, como, por ejemplo, las *profecías* de hace unas décadas sobre la inminencia de un ordenador que, además de saberlo todo, fuese capaz de mantener una conversación típica entre *amiguetes* acodados a la barra

* El autor es profesor de Filosofía en la Universidad Rey Juan Carlos, Madrid (www.jlgonzalezquiros.es; e mail: jlgonzalezquiros@gmail.com).

¹ David Gelernter es una de las grandes autoridades en el campo de la informática y la inteligencia artificial, catedrático de Yale; en 1993 tuvo la desdicha de ser uno de los escogidos por Unabomber, que le envió una bomba por correo que le hirió de gravedad, en su cruzada contra los creadores de tecnologías. La cita exacta dice «la ciencia informática es un campo lleno de chiflados ávidos de novedades» y se recoge de un excelente artículo titulado *El estudio del Talmud* (1996).

² Me he ocupado de los aspectos más filosóficos de esta fascinación en un artículo de 1998.



Retrato de Jaron Lanier. Como el propio autor confiesa, su parecido con un cefalópodo cada vez es mayor (©Jonathan Sprague, cortesía de Editorial Debate).

de un bar, un prodigio tan inútil como improbable. Tampoco han escaseado los exabruptos contra tales excesos, pero también contra la existencia misma de Internet o el supuestamente excesivo éxito de los teléfonos inteligentes, las tabletas o cualquier otro artilugio³.

El libro de Jaron Lanier (Nueva York, 1960), *Contra el rebaño digital*⁴, que vamos a comentar en estas páginas, no pertenece a ninguno de esos géneros, sino que se enfrenta, desde dentro del *collegium* de los creadores de la revolución en marcha, con una determinada interpretación de su significado. Aunque sin poner en duda ni su importancia ni su valor, dando por hecho que los errores y abusos que se cometen en nombre de esas tecnologías en nada desmerecen su importancia y su razón de ser. Cuestiones que Lanier se esfuerza en desentrañar y distinguir de una plétora de tópicos que considera inhumanos y colectivistas.

En esta obra, Jaron Lanier, un (notable) ingeniero y artista que fue reconocido por Time en 2011 como una de las cien personas más influyentes del mundo, lleva a cabo un análisis lleno de sutileza y buen sentido de una variada serie de cuestiones que no hay otro remedio que plantear a propósito de la influencia, cada vez mayor, de la tecnología y la fertilidad de los filosofemas que se extienden en su nombre, con mayor o menor base. Lanier está en los antípodas de visionarios como Kurzweil⁵ y de filósofos en exceso optimistas sobre el signo positivo de todo lo que ocurre, pero no es ningún ludita, ni ningún *intelectual crítico* que hable de oídas, ya que su trabajo ha estado en vanguardia en varios sectores de la nueva industria y en varias de sus repercusiones culturales más directas.

Su análisis se apoya en algunas importantes verdades que debieran seguir siendo elementales, pero que se olvidan con frecuencia: en primer lugar, el hecho de que somos las personas, y no las máquinas, quienes creamos cualquier cosa que pueda ser interesante; somos nosotros y no el software quienes podemos hacer que haya cosas valiosas en la red y en el mundo; en segundo término, la constatación de que «lo que hace que algo sea plenamente real es que resulta imposible representarlo del todo», una afirmación que supone una especie de realismo natural que suelen olvidar los constructivistas y reduccionistas en sus análisis del impacto y las implicaciones culturales de las tecnologías.

Lanier posee una formación muy amplia y es un experto de reconocida autoridad en una gran variedad de campos, como ingeniero informático, músico, artista gráfico y escritor; pero, al menos en mi entender, hay en él un carácter dominante

³ Representativos de esas tendencias pueden ser los libros de Surowiecki (2004), optimista, y Keen (2007), muy crítico, y, entre nosotros, el de Cremades (2007). Antecedentes importantes de la visión negativa del desarrollo de las tecnologías digitales son los libros de Postman (1995) y Slouka (1995).

⁴ Lanier J. *Contra el rebaño digital*. Un manifiesto. Barcelona: Editorial Debate; 2011 (255 pp.).

⁵ Kurzweil es repetidamente aludido por Lanier y es famoso por sostener la pronta ocurrencia de lo que llama la singularidad, una completa simbiosis entre ordenadores y cerebros que ya da por hecha, aunque, todo hay que decirlo, sin explicar ningún modesto detalle sobre el cómo. Sobre Kurzweil puede verse González Quirós (2010).

que ayuda a explicar la rotundidad de algunas de sus opiniones: Lanier es, sobre todo, un músico y eso quiere decir que es alguien vocacionalmente dotado para distinguir entre algo auténtico y una imitación por muy perfecta que resulte en el plano puramente formal, una distinción que le es más connatural, por así decir, al músico que al escritor; para el primero su arte es un acto, algo que transcurre en el tiempo y en el universo sonoro, algo que no puede agotarse en una serie de signos, mientras que el escritor sí puede reconocer con mayor facilidad una identidad de fondo entre lo que él ha escrito y un documento digital. Si a esto se añade que los músicos han sido el colectivo profesional que probablemente ha sufrido más transformaciones, no todas positivas, con el desarrollo de las tecnologías digitales, se comprenden mejor las reticencias de fondo de Lanier frente a esta pretendida nueva forma de cultura que representa la red de redes.

Cuando se considera, como es mi caso, que las tecnologías digitales son especialmente atractivas y valiosas, la lectura de este libro es intensamente melancólica, y lo es porque descubre los numerosos tópicos y prejuicios que dan por demostradas cosas que distan bastante de ser ciertas, o se asumen de manera espontánea supuestos que, analizados más de cerca, no están libres de supercherías o bobas creencias sin mayor fundamento; todo ello configura una mentalidad en la que resulta concebible que lleguemos a ponernos una soga al cuello pensando habernos liberado de otras ataduras más incómodas, mecidos por la credulidad hacia un progreso indefinido y sin mácula.

No hay más remedio que reconocer que Lanier acierta cuando afirma que la raíz de los numerosos errores que señala, y que configuran una ideología que promueve un colectivismo de nuevo cuño, un gregarismo disfrazado de disconformidad y supuesta rebeldía, se encuentra en la convicción de que *estamos* o *se está* a punto de alcanzar el momento en que la red se convierta en una especie de entidad consciente y omnisciente. Son legión los que, en efecto, dan por hecho como si tal cosa que la red en su conjunto es ya, o será dentro de poco, una realidad más perfecta y poderosa que un mero cerebro humano, una especie de confusa certeza que la cultura de Silicon Valley ha difundido con la perfección y eficiencia que solo pueden alcanzar los tecnólogos. Lanier cree, por el contrario, que cada vez que se entroniza la capacidad inteligente de un software, de un sistema, o de una máquina, «lo que en realidad ocurre es que los humanos omiten aspectos del tema en cuestión para dejar fuera de consideración aquello a lo que la computadora es ciega» o, en otras palabras, «la gente se degrada constantemente para que las máquinas parezcan más inteligentes», lo que nos hace rehenes de una especie de nueva «neotenia cultural», además de que, por cierto, no tengamos todavía una idea mínimamente coherente de qué y cómo hace el cerebro lo que suponemos que hace.

Esta eliminación del sujeto humano, del creador consciente, implica también una elipsis de su entorno, del contexto en el que las creaciones tienen su sentido más pleno, una reducción de los objetos culturales a formas meramente abstractas que parecen poder existir sin que nadie las contemple, que solo parecen necesitar

una máquina que las procese. Sobre esta base se lleva a cabo un ritual reductivo, una especie de jibarización de cuanto existe: la vida ya no es sino una fórmula abstracta de la que desaparece cualquier rastro de experiencia subjetiva, de autoría, de intuición y de sensibilidad.

Esta sustitución de las relaciones reales entre personas y de las influencias causales entre cosas por meras fórmulas, por programas capaces de imitar un proceso sin entenderlo, sin experimentarlo y sin vivirlo por dentro, es lo que facilita la confusión de la biología con la informática, de la realidad vivida con su esquema puramente formal. Bergson decía que nada distinguiría una conducta observada desde fuera de un automatismo absoluto, y Lanier comenta que con servicios como el de *Facebook* podemos llegar a confundir la amistad con el manejo de una base de datos.

Lo que más molesta a nuestro autor, artista y creador, al fin y al cabo, es que esa reducción a lo puramente formal no permita distinguir la creación verdadera del pastiche, una expresión original de primer orden de un comentario secundario, lo que pone en la picota cualquier intento de valorar la originalidad y contribuye a que sea factible eliminar por completo el sentido de la autoría. No se trata solo, aunque eso ya supondría un error grave, de una mistificación cultural, el planteamiento tiene amplias y profundas consecuencias económicas porque el creador se ve privado de la posibilidad de controlar económicamente su obra, que pasa a perderse entre una infinita serie de sucedáneos, muchas veces sin gracia ni sentido.

En el caso de la música, que es el que más de cerca le duele, Lanier observa que llevamos unas décadas sin creatividad alguna, en que todo es repetición y que un entorno que ha propiciado la emergencia de empresas multimillonarias, de sistemas inéditos y muy eficaces de distribución, no ha sido capaz de financiar una vida digna para la clase media de los creadores, ni siquiera para los más excelsos. De alguna manera, ese mundo de cierta penuria al que se ven reducidos muchos buenos profesionales, por los efectos de Internet, entre ellos los del periodismo, hace que en ocasiones sea posible que todos salgamos perdiendo, al menos a corto plazo. Así, Lanier se pregunta: «¿habrían sido distintos los últimos años de la historia de EEUU, menos desastrosos, si el modelo económico del periodismo no se hubiese visto atacado?». Ciertamente, tenemos más *bloggers* —nos dice—, pero también menos Woodward y Bernsteins...

El autor distingue entre el estímulo creativo y altruista de quienes iniciaron la revolución digital, y el sesgo *antihumanista* que muchos se han obstinado en imponer como el mensaje filosófico de esta nueva era, un necio empeño en sustituir lo humano por una deformación caricaturesca que nos entrega una imagen infinitamente más pobre; y entiende que ello supone una especie de reedición del positivismo lógico, aunque ahora aderezado mediante técnicas de marketing, y sazonado con gotas de retórica progresista. Lanier, que conoce sobradamente las tecnologías, sus aplicaciones y el mundo de los negocios, es bastante crítico con la mentalidad de maoísmo colectivista, o totalitarismo cibernético, como los llama, que se ha ido extendiendo, y que supone olvidar que nada de cuanto se ha

hecho y es interesante habría existido sin el esfuerzo, la imaginación y el arrojo de un creador original; no de ninguna nube, noosfera, colmena o red colectiva, estandarizada y anónima. Este impulso hacia lo anónimo, hacia lo colectivo, se nutre de la ficción teórica que ignora que no hay ninguna posibilidad de que exista una información con sentido sin un sujeto consciente, y que no se puede dar un solo paso en la buena dirección sin el esfuerzo de la inteligencia singular de cada ser humano de carne y hueso.

Esta ignorancia acerca del lado humano de la técnica supone un peligroso desconocimiento de cómo funcionan las realidades y ha tenido consecuencias nefastas en diversos terrenos, también en el económico, pues, como apunta el autor, se ha confiado la marcha de la economía a instrumentos financieros que funcionan sin auténtico control, sin que sus propios *creadores* hayan llegado a entenderlos bien, fiándonos ciegamente del buen sentido de las máquinas, y eso ha propiciado una economía artificialmente privada del clima de escasez que necesita cualquier economía real para llevar a cabo con orden y racionalidad sus funciones sociales básicas.

Este libro, que se ocupa de muy diversas cuestiones, casi nunca fáciles, ha sido deliberadamente escrito con sencillez y es una guía muy útil para pensar en todo lo que está pasando y en cómo se han modificado la tecnología misma, los negocios y la cultura. Lanier advierte sobre el riesgo, que es connatural a cualquier despliegue tecnológico, de que decisiones que se toman ahora condicionen de manera decisiva el futuro posible y recomienda que, en particular, pongamos límite a suposiciones tales como la cultura del anonimato o la filosofía de la absoluta gratuidad, un tipo de retórica que les permite a algunos soñarse estúpidamente similares a los grandes reformadores de la era moderna, como émulos de auténticos liberadores: como dice Lanier, parece como si robar materiales digitales situase al ladrón en el mismo plano heroico que un Gandhi o un Martin Luther King.

Un falso y peligroso idealismo digital que pretende acabar con la autoría, la conciencia y la persona individual, está efectivamente en marcha, y el libro de Lanier nos pone en guardia contra esas viejas supercherías, ahora disfrazadas de modernidad, de una supuesta cultura que no es sino pastiche sin gracia ni interés. La informática tuvo en sus orígenes una peculiar asociación con las colonias *hippies* de los sesenta, para asociarse después, no del todo extrañamente, con toda clase de *subculturas* supuestamente innovadoras o revolucionarias. Los grandes intereses en juego han fomentado estas tendencias para convertirlas en un incentivo del negocio, y no hace falta mucho esfuerzo para hacer decir a cualquier periodista, cada lunes o cada viernes, que ha llegado la *liberación 2.0*, o la democracia islámica de la mano de un *tweet*, cuando todo vale para el convento.

Frente a tanta simpleza, Lanier exagera a veces un poco sus críticas, como cuando indica que la Wikipedia permite a los buscadores ser perezosos, aunque, podríamos añadir, no les obligue a ello, pero incluso esa crítica un poco sesgada sirve de manifiesto para recordar que la supuesta neutralidad y universalidad de la red se paga

a un precio muy alto. Su excesivo predicamento supone que, en muchas ocasiones, se den por inexistentes realidades que ella no ha sabido o podido recoger; que se asuma un tanto a la ligera que lo que no está en la red no existe, lo que supone un ejercicio brutal y pernicioso de lo que el gran sociólogo norteamericano Robert K. Merton llamó el *efecto Mateo*⁶. Este *daño colateral* viene a agravar un efecto pernicioso y lamentable, pero difícil de evitar, de todos los procesos de globalización, una dramática homogenización que, aunque pueda tener virtudes en otros aspectos, se ve potenciado por la acción de una red que lo acentúa y acelera, sin duda.

Subrayar insistentemente, como hace Lanier, que no es el software, sino las personas quienes pueden hacer que una conversación, o una relación, pueda llegar a ser interesante, supone remar contra corriente, porque hace muchas lunas que se ha instalado en el mundo intelectual una especie de sabiduría *antihumanista*, mezcla confusa de diversas secuelas y detritus de freudianos y marxistas con las ensoñaciones de gurús multimillonarios y algo más que medio locos, sin la que no es fácil llamar la atención de los periódicos, ni la de algunas Fundaciones y Universidades norteamericanas y de otros lugares. Lanier aduce unos cuantos ejemplos realmente llamativos de cómo la inteligencia tecnológica, olvidada de la realidad que le da sentido y del contexto en que puede adquirir significado, se ha aliado con la maldad y la simple estupidez para promover, bajo la capa de una libertad que no conoce fundamentos, hallazgos tan letales, por ejemplo, como el software capaz de eliminar a través de un móvil al inocente portador de un marcapasos.

No es fácil pronosticar si el hecho de que los ordenadores hayan podido dar un salto cualitativo, pasando de manejar únicamente cantidades exactas a manejar cualidades holísticas, a ser capaces de reconocer rasgos complejos como, por ejemplo, la expresión facial, va a significar un reconocimiento más profundo de la singularidad humana; o si, por el contrario, podrá emplearse como argumento de los reduccionistas, como un nuevo triunfo de la simplificación y el colectivismo.

Una filosofía que supuestamente tiene la clave de un mundo mejor se obstina en conducirnos, de forma tendenciosa, hacia una cultura inhumana porque la gente —observa el autor— tiende a aceptar ideas que no aceptaría de ningún otro modo, siempre que se presenten bajo una apariencia tecnológica. Lo que no es sino otra manera de decir que la tecnología se puede convertir en ideología, en mito, en algo que no tiene ya nada que ver con la inteligencia que la hizo posible. Esto me recuerda las advertencias del gran Feynman en su informe sobre las causas del fracaso del *Challenger*⁷: la realidad debe tener preferencia sobre las relaciones públicas, pues no puede engañarse a la naturaleza; y algo de eso está pasando

⁶ Con este término Merton describió un fenómeno de acumulación progresiva de riqueza, fama o publicaciones («Porque a quien tiene, se le dará más todavía y tendrá en abundancia, pero al que no tiene, se le quitará aun lo que tiene», Mateo 13:12); véase: Merton RK. The Matthew Effect in Science. Science. 1968;159(3810):56-63. Sobre Merton puede consultarse el trabajo de Torres y Lamo de Espinosa.

⁷ Su informe, discrepante del oficial, no tiene desperdicio y puede leerse en su versión original en <http://history.nasa.gov/rogersrep/v2appf.htm>.

cuando la tecnología acaba convirtiéndose en una subdivisión del departamento de marketing y la cultura en un servicio del departamento de publicidad; de modo que, por expresarlo con palabras de Lanier, la economía puede acabarse comiendo su propio almacén de semillas.

Una nueva apología de las masas que pasa por abolir el punto de vista y la autoría, o por reconocer supuestos *derechos objetivos* a la información a costa de suprimir el derecho personal, apunta a la potenciación de las peores cualidades de un rebaño que, pretendiéndose sabio, es ciego a lo fundamental; mientras puede gozar de medios nunca vistos a través de los que explotar sus peores tendencias, las más brutales pasiones, el anonimato y la agresión, la irresponsabilidad y la violencia catalizadas por esa ideología de la *violación*, en la que cabe desde el *bullying* al desarrollo de virus informáticos, y que a veces se vende como el más acertado sinónimo de Internet. Lanier sabe, por el contrario, que la aventura más interesante a nuestro alcance es profundizar por nuestra cuenta y pensando en el significado de la realidad; mientras que el chisme más portentoso acaba por aburrir y el chisme más perfecto jamás pensado, ese que se nos anuncia como la *Singularidad*, la máquina omnisciente y sobrehumana, acabaría en una especie de universal bostezo; porque toda diversión exige diferencias y matices, no se puede conformar con poseer supuestas verdades inconcusas, universales y definitivas.

Es casi inevitable que una Humanidad más numerosa que nunca y con medios muy efectivos de comunicación, propenda hacia formas peligrosas de colectivismo, incluso de manera inconsciente. Este libro, escrito por alguien que está dentro del universo creativo que ha puesto en marcha la revolución digital, es una advertencia sobre la clase de riesgos en que podemos incurrir si confundimos la información con el conocimiento; los buenos argumentos con proclamas vagamente futuristas; si nos dejamos llevar por una ola que aparentemente todo lo arrasa y que, como es necesario hacer con toda novedad que merezca la pena, no llevará a ningún sitio interesante si no somos capaces de ponerla en cuestión; si no sabemos resistirnos a supuestos determinismos que ocultan viejas formas de conformismo y de pereza.

Bibliografía

- Cremades J. Micropoder. La fuerza del ciudadano en la era digital. Madrid: Espasa Calpe; 2007.
- Gelertner D. El estudio del Talmud, en: Brockman J y Bateson K (eds.). Así son las cosas. Madrid: Debate; 1996, pp. 227-235.
- González Quirós JL. El porvenir de la razón en la era digital. Madrid: Síntesis; 1996.
- González Quirós JL. Anatomía de una fascinación. Revista de Occidente, junio de 1998, 206:145-156.
- González Quirós JL. La teoría de la mente: de la inteligencia artificial a la inteligencia híbrida, en: Diosdado C, Rodríguez Valls F, Arana J (eds.) Neurofilosofía. Perspectivas contemporáneas. Sevilla y Madrid: Thémata y Plaza y Valdés; 2010; pp. 153-176.
- Keen A. The Cult of the Amateur. Nueva York: Doubleday; 2007.
- Kurzweil R. The Age of Spiritual Machines. Nueva York: Penguin; 1999.
- Kurzweil R. The Singularity is Near. Nueva York: Penguin; 2005.

- Postman N. *Tecnópolis*. Barcelona: Galaxia Gutenberg; 1996.
- Slouka M. *War of the Worlds*. Nueva York: Basic Books; 1995.
- Surowiecki J. *The Wisdom of Crowds: Why the Many Are Smarter than the Few, and How Collective Wisdom Shapes Business, Economies, Societies, and Nations*. Nueva York: Doubleday; 2004.
- Stoll C. *Silicon Snake Oil*. Nueva York: Doubleday; 1995.
- Torres Albero C, Lamo de Espinosa E. In Memoriam Robert K. Merton (1910-2003), en REIS, 100/02, pp. 13-26 (accesible en http://www.reis.cis.es/REISWeb/PDF/REIS_100_04.pdf).